

con las circunstancias capaces de fomentar sus santos propósitos, que ya dexamos dichas.

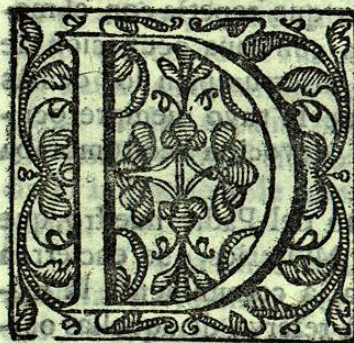
Si huvieran sido los intentos de Sebastian elegir aquel estado como medio para la simple guarda de la castidad; mas que de imprudentísima, se debería graduar la accion por produccion de un infensato, ó de un hombre à quien le faltasse ya del todo el juicio, por adoptar assi una práctica, no solo inconducente, pero del todo opuesta al dicho fin. Mas impeliendole su amor à observarla en el grado mas sublime, qual era el conjugal; y siendo absolutamente imposible su observancia, sin que llegasse à contraher matrimonio, no solo fuè prudentísimo, sino indispensablemente necesario aquel estado, para hacer su resolucion tanto mas heroica, quanto era mas visible aquella su arduidad.

Todo esto era bien obvio à aquel admirable fondo de Sabiduria, que en él havia depositado el Cielo, y que manifestaba, quando lo juzgaba necesario su prudencia, de que lograron ser oyentes en repetidas ocasiones los RR. PP. Fr. Juan de Santa Anna, Fr. Pedro de Espinosa, y Fr. Mathéo Cervantes, aquellos de la Descalcez, y este Observante, y todos tres acreditados en virtud, y letras: los que embargados de la admiracion de escuchar de su boca los mayores arcanos de la mas profunda Theologia, no hallando voces adecuadas, con que explicar su estrañez, lo hacian con el dialecto de los asombros: y en efecto, habiendo llegado el caso de exponer su dictamen el primero, acerca de las virtudes del Venerable, declaró en términos formales en el processo Apostólico: *Que havia ballado en Fr. Sebastian de Aparicio la vida mas pura, mas pe-*

ni-

nitente, y mas santa, que podia significar con palabras. Y en mi sentir, qualesquiera se deberán reputar siempre por muy cortas para expressar sola la heroicidad de su prudencia.

CAPITULO VII.

De su singularísima Devocion.

DESDE sus tiernos años manifestó Aparicio la elevacion de su espíritu à Dios por medio de su piadoso, y humilde afecto, sostenido de la práctica de su fe, esperanza, y charidad, en que consiste la devocion: y teniendo esta su mayor fomento, assi en la oracion vocal, como en la meditacion, y contemplacion, por el exercicio de estas se deberá graduar lo fervoroso, y encendido de aquella. No sabemos à punto fixo quando comenzó à exercitarse en una, y otras; pero estando assegurados de sus victorias contra las mas peligrosas, y repetidas tentaciones, que dexamos referidas, aun desde Joven, igualmente nos debemos persuadir à que se aplicò à su práctica desde muy temprano.

Aquella su regla de oro de no perder à Dios de vista en quanto obraba, que declaró ya en su

O

an-

ancianidad, y despues de algunos años de professo, lo fuè tambien de todas las operaciones de su vida en el siglo, y en medio de sus mas penosas, y continuas ocupaciones, lo que manifestaba claramente el exercicio, que dexamos referido de su oracion, haciendo lugar de ella aun sus mismas Carretas. Pero habiendo emprendido el estado religioso, se entregò de tal suerte à sus fervores, que jamás omitia práctica alguna, que pudiesse contribuir à su mayor aumento, como la de la frequècia al Santo Sacrificio de la Misa, Choro, y demàs funciones espirituales. Jamàs se le caian de los labios los dulcíssimos Nombres de JESUS, y MARIA, que repetia con el mayor afecto, y ternura, en la continua ocupacion de rezar el Rosario, la que no interrumpian los demàs exercicios corporales, en que le tuvo siempre ocupado la obediencia, y cuya devocion acostumbraba aconsejar à quantos podia.

De la misma Oracion del Padre nuestro, que repetia, y de los altíssimos Mysterios, que encierran sus admirables cláusulas, hacia comunmente la materia de su contemplacion; à reserva de aquellas ocasiones, en que le ilustraba con particular luz el Altíssimo en orden à alguno de sus atributos, ò otra de las sublimes verdades de nuestra creencia: encendiendose de tal fuerte el fuego de su espíritu en el conocimiento, que en ellas percibia de la Bondad Divina, que à poco de engolfarse en su insondable piélago, era de lo mas frequènte el desprenderse del comun uso de los sentidos.

Como en ningun tiempo ni lugar perdia de vista aquella, en todos hallaba proporciones para la continuacion de su santo exercicio, sin que le sir-

vies-

viessen de impedimento, ni lo fragoso de las Montañas, ni la rapidez de los Rios, que debia transitar, ni aun el precisso trato de criaturas, que pedia por necesidad su ministerio; hasta haver llegado à tal punto su abstraccion, que absorto todo en Dios en los últimos años de su vida, y embriagado en las dulzuras de su amor, era de lo mas comun el responder fuera de propósito à las preguntas, que se le hacian.

El ardiente deseo de unirse de lo mas estrechamente à su Dios, no le permitia omitir diligencia en inquirirlo por todos los medios posibles, assi en sí mismo, como subiendo por la escala de lo visible, esforzandose sus ansias en orden à aquel objeto, hasta los términos de violentar la pesadez de su carne en los éxtasis mas admirables, ya que no le era posible en el estado de su vida mortal, faciar toda la imponderable impaciencia, que padecia su espíritu.

Los medios con que procuraba entretener aquella su violencia por la mas íntima union al Sumo Bien, eran los de su extraordinaria devocion, assi à la Madre del amor hermoso MARIA Santíssima, à la que reverenciaba con profundas humillaciones ante sus Imágenes, acompañadas de las mas afectuosas Saluciones, como à la Passion de Christo Señor nuestro, y à todos sus Mysterios, especialmente el de su real presençia en el Augustíssimo Sacramento del Altar; al oír cuyo nombre, no solo inclinaba profundamente la cabeza; sino que hacia visible su veneracion con la alegría, que manifestaba en el semblante.

Quando entraba en los Lugares, aunque fues-

se mui cansado, y enfermo, se dirigia à la Iglesia, y poniendose de rodillas, se mantenìa dos, ò tres horas en oracion, fixos los ojos en el Tabernáculo, en que se depositaba Jesu Christo Sacramentado, y olvidado, assi de comer, y beber, como de otro qualquier alivio corporal. Pero todas estas demostraciones de su devocion à aquel Mysterio, no passaban de un ligero índice de la que manifestaba, despues de haver comulgado; siendo de lo mas frecuente explicar su ternura con elevarse de la tierra à gozar con mas quietud dentro de la soledad de su corazon la dulzura de los coloquios, è instrucciones de su amado: no habiendo tenido otro magisterio, ni otra guia, que la Divina, para llegar à un tan elevado grado de contemplacion. Práctica no mui comun entre los mismos Santos; y que debe servir, mas que para la imitacion de los que aspiran à aprovechar en el camino de la virtud; para admirar el singular amor, con que atendia el Altissimo à Sebastian.



CAP.

CAPITULO VIII.

De su invencible Fortaleza.



NO fuè otra cosa la vida de Aparicio, que un continuo combate con enemigos, assi domésticos, como estranos; pero ni éstos, ni aquellos sacaron mas ventaja de sus assaltos, que multiplicar los triunfos à su admirable fortaleza. No diò passo en la Europa, como ya vimos, en que no se coronasse su pureza de laureles; bastando solo el asedio, que padeciò èsta por el espacio de quarenta dias, y quarenta noches continuas (y tan circunstanciado, como dexamos referido en el Capitulo III. del primer Libro) para acreditar de grande la fortaleza aun de los primeros Heroes del Christianismo.

Para rendir lo heroico de èsta se conjuraron los hombres contra Aparicio, en secreto y en público, en el mar y en la tierra, en España y en las Indias, en el siglo y dentro de la misma Religion; mas siempre sin efecto. El todo de las burlas, de los escarnios, y los malos tratamientos, de los desprecios, y contumelias, con que se viò tratado, assi en la navegacion, como en todo el demàs resto de su vida, y que podian ser suficientes à alterar la mas sólida constancia, y humildad, solo sirvieron de ma-

ni-

nifestar el carácter de un sufrimiento verdaderamente incontestable.

Aun la malicia toda del Infierno, restificò, y con harta confusion de su soberbia esta verdad. Atacòle en el siglo, y en el Claustro, valiendose su astucia en una y otra carrera de las artes, unas veces del terror, y otras de la lisonja, ya ofreciendole alivios, y ya intentando su consternacion con llevar hasta la execucion próxima de su muerte sus amenazas. Pero no solo quedò vencida aquella en tan repetidos reencuentros, como dexamos referidos, con las armas, que ministrò à Aparicio su fortaleza en la mas heroica resignacion; mas con las del desprecio, hasta ponerla en fuga con usar precisamente de las mismas superfluidades de su cuerpo.

Llegò en fin à colocarse la fortaleza de Sebastian en tan superior grado, respecto de aquel odio mortal, con que sabìa lo miraba el comun enemigo, que habiendosele acercado un devoto Religioso, ya inmediato à su tránsito, y exhortadole à que pidiese à Dios perdon de la vida passada, advirtiendole al mismo tiempo las artes, de que suele usar el Demonio en aquel último peligrosísimo trance, le respondió: *Gracias à Dios, no tengo cosa que me*

dà pena: el Demonio no tiene que ver en mi, que ya està vencido, y se ha ido, para quien es: todo lo veo en paz, el

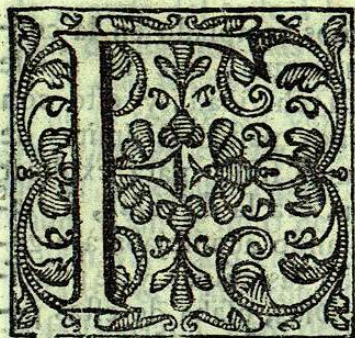
Señor sea bendito.



CAPITULO

CAPITULO IX.

De su singular Templanza.



UE tan rara èsta en Sebastian, que aun sin tocar en aquellos sus esmeros en refrenar la gula, y los apetitos sensuales (que diremos tratando de su admirable abstinencia, y virginal pureza) no havia en èl cosa alguna, que no la publicasse. Su modestia en el trato, en las palabras, en el vestido, estaban pregonando la templanza con que se regulaba su interior. La misma severidad, que pintaba en su rostro su penitencia, la templaba de tal suerte con la afabilidad, que al tiempo que le conciliaba los comunes respetos, lo hacia tambien de lo mas amable.

Su cuidado en el vestir, aun siendo Secular, y de tantas facultades, que le llegaron à adquirir el renombre del Rico, lexos de los resabios de la vanidad, le hacian el exemplar de la moderacion; y aun despues de Religioso puso toda su atencion, en que al tiempo que ocultaba su desnudez, se descubriesse la pobreza, que profesaba.

De aquella su antigua modestia, y gravedad, con que estando en el siglo havia vestido, provenia, que al ver despues de Religioso algun Secular superfluamente adornado, le dixesse: *Hermano, ya que Dios*

Dios os lo dà, vestios honestamente, que la honra no consiste en los vestidos, sino en que sean honestos; porque los colores varios no sirven mas, que de representar un inquieto, y pintado Pájaro, ò un Loco, à quien por burla visten un Sayo agironado de diversos paños.

No se manifestó menos templado en la conversacion. Jamàs movia su lengua, que no fuesse impelido de su zelo, ò de su charidad, y esto con tal circunspeccion, que nunca passó los limites de lo mui necessario. Su comun frase para explicar la felicidad de la salvacion, era la de *colar, ò embocar en el Cielo*: y assi quando aconsejaba à algunos pecadores à que dexassen las culpas, y se pusies- sen en amistad, y gracia de Dios, usaba de estas palabras: *Hermano, emmendad vuestra vida, apartaos de esse pecado; porque si no, no embocarèis, ò colarèis en el Cielo*: y con ellas solas hizo maravillo- sas conversiones.

Noticiosos de esta su práctica solian algunos preguntarle usando de su mismo frase: *¿si colarian?* Y haciendo distincion el Siervo de Dios de las personas, que le consultaban; à aquellos à quienes reconocia inclinados à la culpa, respondia: *No: si vivis mal;* y al contrario à los de buenas costumbres: *Si: si proseguis en servicio de Dios.*

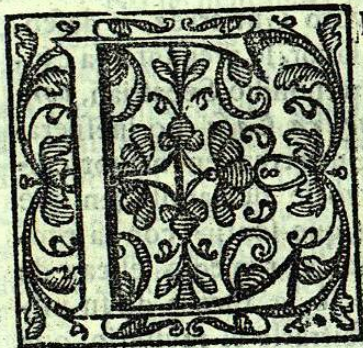
Si huvieramos de emprender la noticia indi- vidual de la moderacion de su conducta en cada uno de los hechos de su admirable vida, nos veriamos precisados à reducirlos todos à este solo Capitulo; y assi procuraremos indicarla precisadamente para la comun edificacion, en el caso que se sigue.

Era el Siervo de Dios tan afecto à la música, que

que su inclinacion le hacia visitar en la Puebla à Juan Gutierrez de Huesca, en cuya Casa lograba la de un Clavicymbalo, y la que escuchaba con singu- lares demostraciones de alegría. Mas advirtiendolo, que se empeñaba aquel en dar à su penitente espí- ritu semejante recreacion, aunque tan honesta, huvo de negarse del todo à la dicha visita. Encontròle des- pues de algunos dias el devoto Gutierrez, y deseoso de que le continuasse su favor, le preguntò la cau- sa de su retiro: *No voy*, le respondió Sebastian, *por- que estoy en cólera con vuestra Casa*. Lo inespera- do de su respuesta puso à Gutierrez en mayor cui- dado; y assi le instò de nuevo le declarasse en que se le havia dado en su Casa, que sentir con la pro- testa de ocurrir prontamente al remedio eficaz de la satisfaccion. Pero desvaneciò la fuerza de su ins- tancia el Venerable con descifrarle el mysterio, que embolvia la respuesta à su primer pregunta: *Dios no quiere*, le dixo, *que oiga vuestra música; por esso no voy à vuestra Casa*. Y era el caso, que lle- gò à parecerle, que aquel su inocente deleyte le podria dar entrada à la curiosidad, y traspasar los limites de la moderacion; y assi no fuè mas que un efecto de su templanza la prohibicion, que dixo tenia del Cielo de seguir oyendo la música, de que tanto gustaba.



CAPITULO X.

De su profundissima Humildad.

L fruto mas inmediato, que producía en el espíritu de Aparicio aquel no perder de vista el Ser Divino, era el de radicarse mas, y mas en el conocimiento de la nada de su propio ser. La infinita distancia, que percibía entre estos dos extremos, le hacía no solo huir como contagiosos los honores; sino procurar las ocasiones de su desprecio; y así quando conocía, que se intentaba hacer alguna estimacion de su persona, ò celebrar alguno de sus prodigios, decía: *Quitaos allà; ¿para qué haceis esto conmigo, que soy un pobre hombre, que no valgo un quarto? ¿Quien soy yo, sino un poco de tierra, y basura?* Añadiendo à estas palabras la protesta de que si volvian à hacer de él el menor aprecio, jamás lo verian en sus Casas.

Quando se hallaba en la precission de tomar asiento, escogía siempre el ínfimo lugar: en el Refectorio el último: en la Iglesia en las gradas de los Altares: en las Casas del siglo en el umbral de la puerta, ò en el suelo: y si acaso se usaba con él de la urbanidad de traerle alguna silla, regociaba la de-

demostracion con esta repulsa: *Quitad allà, que mejor està la tierra sobre la tierra.*

A los que le suplicaban los encomendasse à Dios en sus oraciones, era su ordinaria respuesta: *Si harè de mui buena gana; mas buen recado teneis con esso si no haceis vos mas que yo. Encomendadme vos à mi à Dios, que harto lo he menester. Soy un mal hombre, y peor fuera si Dios no me tuviera de su mano.*

Era increíble la alegría, así interior, como la que manifestaba en el semblante, quando se veía ultrajado, y que tratandole con desprecio le decian palabras pesadas, è injuriosas, ò le mofaban, y se burlaban de él como de un niño: habiendo proporcionado algunas de aquellas sus apetecidas satisfacciones à su humildad el zelo, de que jamás prescindía esta, de la honra del Altísimo.

Cometiò cierto Religioso de su orden un defecto grave contra la debida observancia de la pobreza, así en presencia suya, como de un Secular; y no pareciendole à Aparicio prudente en tales circunstancias el disimulo, procurò corregirle con una amorosa, y suave reprehension; mas convirtiendo aquel el antidoto en veneno, correspondiò à su zelo charitativo con injurias, y desprecios; y huviera pasado à defahogar su mal concebida cólera con las manos, à no haverlo impedido Blas Hernandez, que se hallaba presente. Sufriò la afrenta Sebastian con su acostumbrada serenidad, partiendose de aquel sitio, sin dar la mas ligera señal de turbacion.

Habiendo llegado en otra ocasion à un Convento de la Orden, y hallado juntos en un lugar algunos Religiosos, se arrodillò delante de uno de ellos para

para besarle la mano, pareciendole que fuesse el Superior; mas este lo despidió de sí con el mayor desprecio, hasta llamarle el vituperio, è ignominia del Hábito, que vestía. Oyó Aparicio la afrenta con alegre semblante, y inclinando la cabeza se fué à poner en oracion ante el Altar mayor, y dar gracias à aquel Señor, que se complacia de hacerle participe de la dulzura mas apetecida de los espíritus humillados. Preguntó uno de los Religiosos circunstantes al calumniador el motivo de haver tratado tan mal à aquel Hermano, y habiendole respondido este: que el ver, que andaba tan roto, y desfaseado, repuso aquel: que siendo essa la causa, no era mucho se huviesse manifestado tan alegre en su desprecio el que à sus ojos, aun de que le tuviessem por hombre, no era digno.

Llegó otra vez à la Casa de Alonso Redondo con una grande herida en una pierna, y vertiendo de ella mucha sangre. La muger, que le vió de aquella suerte, quiso aplicarle algun remedio; mas huyendo èl el contacto de sus manos, en obsequio, assi de lo heroico de su pureza, como de su humildad, agradeciendo el buen deseo, que indicaba, separó de sí el peligro, diciendole: *Carnes de perro como las mias no tienen necesidad de delicadeza:* y librando su alivio en las manos del Todo Poderoso, de solas ellas tuvo el remedio eficaz de su accidente.

Si obraba algunas maravillas, como sanar enfermos, ahuyentar tempestades, ù otras semejantes, se humillaba, y envilecia con tal eficacia, que casi dexaba desvanecidos de la creencia de su verdad à los mismos que las miraban. Mas quando eran tan

visibles los prodigios, que los celebraban abiertamente por milagros, les reprehendia, diciendoles: *No digais milagro, que Dios no los havia de hacer por un hombre como yo:* atribuyendolos entonces ò al Rosario de la Santissima Virgen, que llevaba en las manos, ò à la Cuerda de N. Padre S. Francisco, que les aplicaba; ordenandoles, que diessen las gracias, y glorificassen à Dios, Author de toda bondad; que èl por su parte, no era capaz de hacer cosa buena.

Quando oia, que alguno se ensobrevacia, ò que se quejaba de no ser estimado, como le parecia correspondiente à su mèrito; llegandose à èl, le decia: *¿De què te ensobrevaces polvo, y ceniza?* Y si se trataba en su presencia de linages esclarecidos, haciendo vanidad de la nobleza de la ascendencia, volvia al punto la espalda, diciendo à los concurrentes: *Yo nasci de la tierra, y no sé mas.*

